Act. XVI. 1.

21. Timoteo," mi compañero en los trabajos, os saluda, así como Lucio," Jason y Sosipatro," mis parientes.

21. Salútat vos Timótheus adiùtor meus, et Lúcius, et Iason, et Sosípater cognáti mei.

22. Os saludo en el *nombre del* Señor, yo Tercio, que he escrito esta carta."

22. Salûto vos ego Tértius, qui scripsi epistolam, in Dómino.

23. Os saluda Cayo," huésped mio y *de* toda la Iglesia." Os saluda Erasto el tesorero" de la ciudad, y *nuestro* hermano Cuarto.

23. Salûtat vos Cáius hospes meus, et univérsa Ecclésia. Salútat vos Erastus arcárius civitátis, et Quartus, frater.

24. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amen.

24. Grátia Dómini nostri Iesu Christi cum ómnibus vobis. Amen.

25. Gloria á aquel que es *Todo*poderoso para afirmaros en *la fe de* el Evangelio y *de* la doctrina de Jesucristo, que yo predico segun la revelacion *que he tenido* del misterio *de la justificacion de los hombres por la fe en el mismo Jesucristo;" misterio* que despues de haber permanecido oculto en todos los siglos pasados,

25. Ei autem, qui potens est vos confirmàre iuxta Evangélium meum, et praedicatiônem Iesu Christi, secúndùm revelatiônem mystérij tempóribus aetérnis táciti,

26. Acaba de ser descubierto por los oráculos de los profetas, *cuyo* cumplimiento he hecho ver segun el precepto que he recibido del Dios eterno, y ha venido á noticia de todos los pueblos," á fin de que obedezcan á la fe," *y puedan salvarse.*

26. (Quod nunc patefáctum est per Scriptúras Prophetárum secúndùm praeceptum aetérni Dei, ad obeditiônem fidei) in cunctis Géntibus cógniti,

27. A Dios, *digo*, que es el solo sabio, honor y gloria" por Jesucristo en todos los siglos de los siglos." Amen.

27. Soli sapiénti Deo, per Iesum Christùm, cui honor, et glória in saecula saeculórum. Amen.

℣ 21. A este escribió S. Pablo dos cartas, y se habla de él en los Hechos apostólicos XVI. 1. y siguientes.

Ibid. Algunos creen que este es Lucio de Cirene de quien se habla en los Hechos apostólicos XIII. 1. Jason es el que dió alojamiento á S. Pablo en Tesalónica.

Ibid. Se crée que este es Sopatro ó Sosipatro de Berea de quien se habla en los Hechos apostólicos XX. 4.

℣ 22. Tercio fué en esta ocasion el amanuense de S. Pablo.

℣ 23. El griego le nombra *Gayo.* Tambien se le da este nombre en el griego de la epistola primera á los Cor. I. 14.

Ibid. Este es el sentido del griego: y de toda la Iglesia *de Corinto.*

Ibid. Gr. lit. ecónomo. Este nombre corresponde con corta diferencia al de *quaestor* entre los latinos, el cual significa el tesorero que cuidaba de la recepcion y distribucion de los caudales públicos. Se crée que este Erasto es el mismo de quien se habla en los Hechos apostólicos XIX. 22., y en la segunda epistola á Timot. IV. 20.

℣ 25. Véase la epistola á los Efesios, I. 9. 10. y III. 4. 6. y la epistola á los Colos. I. 26 y 27.

℣ 26. Lit. De todas las naciones.

Ibid. El paréntesis de la Vulgata no existe en el griego.

℣ 27. El griego lée solo: gloria.

Ibid. El griego lée solamente: en todos los siglos. Amen.

PREFACIO

A LA PRIMERA EPÍSTOLA

DE S. PABLO A LOS CORINTIOS.

1. Descripcion de los Corintios. Ocasion y objeto de la epístola.

CORINTO era la capital de la Acaya, y aun de toda la Grecia desde la decadencia de Aténas y Lacedemonia. Su situacion entre el mar Jonio y el Egeo en el istmo que comunica á la Morea con la Grecia, la hacia muy propia para el comercio; y por tanto era muy poblada, muy rica, y muy voluptuosa. Especialmente reinaba allí la impureza, y sus habitantes se abandonaban á este vicio con tanta mayor libertad, cuanto que le consideraban como un acto religioso propio para honrar á las divinidades que se habian erigido. Tales eran los Corintios cuando Dios quiso iluminarlos con la luz del Evangelio.

S. Pablo fué el primero que se le predicó, viniendo de Aténas (1) el año 52 de la era cristiana vulgar. Anunció á Jesucristo primero á los Judíos en su sinagoga; mas como estos le contradijesen y blasfemasen, sacudió sus vestidos, declarándoles que se iba á los gentiles. El Señor se le apareció en la noche, le exhortó á que hablase con valor, y le aseguró que en aquella ciudad tenia mucho pueblo. S. Pablo permaneció allí año y medio, ocupado en anunciar á los gentiles la palabra de Dios. Los Judíos se volvieron á declarar contra él, y le condujeron ante el procónsul de Acaya, el cual no quiso oirlos, y los hizo salir de su tribunal. Poco despues se embarcó S. Pablo, y pasando por Efeso fué hasta Jerusalen. Despues de su partida predicaron en Corinto S. Pedro y Apolo; y algunos judíos, que se habian erigido en apóstoles, emprendieron sostener el partido de la espirante sinagoga. En este tiempo S. Pablo, habiendo saludado á la iglesia de Jerusalen, volvió á Antioquía, en donde permaneció algun tiempo; y despues de atravesar las provincias altas de la Asia, estuvo tres años (2) en Efeso. Haliándose en esta ciudad hácia el año 56, pasaron Estéfana, Fortunato y Acaico á verle, y á darle cuenta del estado de su iglesia (3).

Entre los abusos que en ella habia, y que dieron ocasion á esta epístola, se distingue particularmente una especie de division introducida con motivo de los que allí habian predicado despues de S. Pablo (4): se nota tambien el incesto de un particular, que con escándalo de toda aquella iglesia, habia abusado de su madrastra (5): los negocios que aquellos fieles agitaban entre sí, y que instauraban ante los tribunales de los jueces infieles (6): la fornicacion que algu-

(1) *Act.* XVIII. 1. *et seqq.*—(2) *Act.* XIX. 8. 10. *et* XX. 31.—(3) 1. *Cor.* XVI. 17. 18.—(4) 1. *Cor.* I. 10. *et seqq.*—(5) 1. *Cor.* V. 1. *et seqq.*—(6) 1. *Cor.* VI. 1. *et seqq.*

nos no miraban con bastante horror (1): la libertad que otros se tomaban de comer de las viandas inmoladas á los ídolos, sin cuidarse de las consecuencias de escándalo que esto causaba á las almas flacas (2): la inmodestia de algunas mugeres que se presentaban en las asambleas de los fieles con la cabeza descubierta (3); la indiscrecion con que los ricos participaban de los convites de caridad que precedian á la comunion, sin tener consideracion con los pobres, que ordinariamente no tenian con que subsistir (4): el desórden que se introducia en las asambleas, cuando los que tenian el don de lenguas querian hablar todos, aun sin intérprete (5): en fin, la incredulidad de algunos que dudaban de la resurreccion general, porque no podian comprender este misterio (6). A mas de estos abusos que era necesario corregir, deseaban tambien los Corintios que el Apóstol los instruyese en diversas cuestiones relativas particularmente al matrimonio, á la viudez y á la virginidad (7). No pudiendo S. Pablo, ó no juzgando conveniente, volver á Corinto tan pronto como lo habia prometido, escribe á los Corintios con el fin de corregir aquellos abusos, y responder á estas cuestiones. A esto se reduce la presente epístola.

II. Análisis de la epístola.

El Apóstol con Sóstenes, que segun se crée, era el mismo que habia sido príncipe de la sinagoga de Corinto, saluda á la iglesia de aquella ciudad, y á todos los que en cualquiera lugar invocan el nombre de Jesucristo (Cap. I.), porque su fin era que esta carta se comunicase á todas las otras iglesias de la Acaya, y pudiese ser útil á todos los fieles. Les desea á todos gracia y paz (8), y despues dirigiéndose mas particularmente á los Corintios, les dice que da gracias á Dios porque habian sido colmados de toda clase de bienes espirituales en Jesucristo; y que espera que Dios los confirmará en el bien, y los sostendrá en él hasta el fin (9). Pasa en seguida á hablar de los abusos que se habian introducido en aquella iglesia, y desde luego ruega á los Corintios que no permitan divisiones entre sí mismos (10). Les declara que les da este consejo, porque sabe que hay entre ellos contiendas, diciendo unos: Yo soy de Pablo; otros: Yo soy de Apolo; estos: Yo soy de Céfas; aquellos: Yo soy de Jesucristo (11). Combate este abuso, manifestándoles que no hay mas que un solo Salvador que es Jesucristo, á quien deben todos adherirse, porque solo él fué crucificado por ellos, y solo en su nombre fueron bautizados (12). Da gracias á Dios, porque habiendo bautizado pocos de entre ellos, no tendrán motivo para decir que han sido bautizados en su nombre, confundiendo los ministros del bautismo con aquel en cuyo nombre le confieren (13). Declara que Dios le envió, no á bautizar, sino á predicar (14). Y como el motivo de la division de los Corintios era sin duda que buscaban una falsa sabiduría y una vana elocuencia; insiste mucho en estos dos puntos, y distingue el modo con que predicaba de las verdades que anunciaba. En cuanto al modo, confiesa que no se vale del arte de la elocuencia humana (15), para no hacer vana la virtud de la cruz de Jesu-

(y) 1. *Cor.* VI. 13. *et seqq.*—(2) 1. *Cor.* VIII. 1. *et seqq.*—(3) 1. *Cor.* XI 2 *et. seqq.*—(4) 1. *Cor.* XI. 17. *et seqq.*—(5) 1. *Cor.* XII. 1. *et seqq.*—(6) 1. *Cor.* XV. 1. *et seqq.*—(7) 1. *Cor.* VII. 1. *et seqq.*—[8] V 1..3.—[9] V 4..9.—[10] V 10.—[11] V 11 *et* 12.—[12] V 13.—[13] V 14..16.—[14] V 17.—[15] *Ibid.*

cristo (1). Dice que la palabra de la cruz parece locura á los que perecen; pero es al mismo tiempo la fuerza y la virtud de Dios para los que se salvan (2). Explica esto manifestando que estaba predicho que Dios desecharia la falsa sabiduría de los hombres, y que efectivamente desechándola la ha convencido de locura. Añade que como el mundo por su propia sabiduría no pudo llegar al conocimiento de Dios, quiso Dios salvar á los que creyesen en él, por la locura de la predicacion evangélica (3). Dice que esta predicacion es una locura para los que perecen, y al mismo tiempo está llena de fuerza y de sabiduría para los que se salvan; porque toda se reduce á anunciar á Jesucristo crucificado, que es un escándalo para los Judíos y una locura para los gentiles; y al mismo tiempo la fuerza y la sabiduría de Dios para los que son llamados (4); de donde infiere que lo que en Dios parece locura y flaqueza, es mas sabio y fuerte que la sabiduría y fuerza de todos los hombres (5). Manifiesta que Dios observa esta conducta, no solamente en la eleccion de los medios de que usa, sino tambien en la de aquellos con quienes los usa. Hace observar á los Corintios que entre los que con ellos han sido llamados hay pocos sabios segun la carne, pocos poderosos y nobles segun el mundo; pues Dios escogió lo ménos sabio, lo ménos fuerte y lo ménos noble segun el mundo, para confundir lo mas sabio, lo mas fuerte y lo mas grande á los ojos de la carne, á fin de que ninguno tuviese motivo de gloriarse en sí mismo (6). Les hace notar tambien que segun esta conducta de Dios, han sido ellos incorporados á Jesucristo, el cual es nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificacion y nuestra redencion, de suerte que ninguno se puede gloriar mas que en el Señor.

Recuerda la conducta que con ellos observó (Cap. II.), y dice que cuando les anunció el Evangelio de Jesucristo, no usó de los discursos elevados de la elocuencia y de la sabiduría humana; pues no creyó saber entre ellos otra cosa sino á Jesucristo crucificado (8): confiesa que apareció entre ellos en un estado de flaqueza proporcionado al abatimiento del Dios que anunciaba; y que si su predicacion tuvo alguna fuerza, no le vino de la elocuencia ni de la sabiduría humana, sino del espíritu y de la virtud de Dios; para que fuese evidente que la fe de los Corintios era fruto, no de la sabiduría humana, sino del poder de Dios (9). Pero al mismo tiempo les advierte que si sus discursos nada tienen de elevado, es porque en sus instrucciones se proporciona á aquellos á quienes las da; y aquí es donde comienza á insistir en las verdades que anuncia. Declara pues que anuncia á los perfectos la sabiduría; pero no la de este mundo, sino la de Dios encubierta en el misterio de la encarnacion de su Hijo; (10) sabiduría oculta en Dios desde la eternidad; sabiduría cuyo misterio no penetraron los príncipes de este siglo tenebroso; sabiduría cuyos designios no pudo prever por sí mismo ninguno de los hombres (11). Añade que esta sabiduría le fué revelada á él y á los otros apóstoles por el Espíritu de Dios; pues este Espíritu penetra lo que hay mas oculto en Dios, es el único á quien está reservado aquel

[1] V 17.—[2] V 18. (3) V 19 21.—(4) V 22 24.—(5) V 25. (6) V 26..29.—(7) V 30. *ad finem.*—(8) V 1. *et* 2.—(9) V 3..5.—(10) V 6. *et* 7.—(11) V 7..9.

conocimiento; y el mismo que recibieron los apóstoles para conocer por él los dones que Dios ha concedido á los hombres en el misterio de su Hijo (1). Dice que al hablar de este misterio no sigue las reglas de la elocuencia humana; sino que se explica en el lenguage que le inspira el Espíritu Santo, acomodando lo espiritual á lo espiritual (2). Nota que el hombre animal y carnal no es capaz de conocer las cosas espirituales, y que para conocerlas y juzgar de ellas, es necesario ser espiritual (3); de donde infiere que el hombre verdaderamente espiritual está en estado de juzgar de todo, y no teme el juicio de nadie; porque ninguno puede instruir ó reprender al Espíritu de Dios, que ilumina al hombre verdaderamente espiritual (4).

Despues de esto manifiesta á los Corintios por qué no les habló de aquellas grandes verdades de que habla á las personas espirituales (Cap. III), y fué porque todavia eran muy imperfectos y carnales (5). Les dice que aun en la actualidad lo son, y lo prueba con la envidia y las contiendas que hay entre ellos; declarándose unos por Pablo, y otros por Apolo (6). Les hace ver que tanto él como Apolo, no son otra cosa mas que ministros de Dios; el uno planta, y el otro riega; mas nada son por sí mismos: Dios solo es el que da el crecimiento: y si entre ellos hay alguna diferencia, solo á Dios toca juzgar de ella, para recompensar á cada uno segun su trabajo (7). Despues hace otra comparacion: los fieles no solamente son el campo que Dios cultiva, sino tambien el edificio que edifica: y los ministros de que se vale son sus cooperadores (8). Les hace ver que despues de haber puesto entre ellos el único fundamento que puede ponerse, que es Jesucristo: á los que edifican sobre este fundamento les toca ver cómo edifican; porque las obras de cada uno serán probadas en el fuego el gran dia del Señor (9). Distingue dos modos con que puede trabajarse en el edificio de la fe, suponiendo el fundamento que es Jesucristo: el primero consiste en levantar sobre este fundamento un edificio de oro, de plata, ó de piedras preciosas, predicando una doctrina pura, sana y sólida; esta obra subsistirá, y el obrero será recompensado (10): el segundo consiste en levantar un edificio de madera, de heno ó de paja, predicando una doctrina mezclada con errores y con las opiniones humanas, ó muy revestida con los adornos frívolos de la elocuencia; lo frivolo y vicioso que haya en esta obra, será consumido por el fuego, y el obrero tendrá necesidad de pasar por este fuego para ser salvo (11). Les advierte que así como son el edificio de Dios, son tambien su templo, pues que el Espíritu de Dios habita en ellos; y de aquí infiere que el que viola la santidad de este templo, enseñándole el error en lugar de la verdad, atrae su condenacion y su perdicion (12). Les previene que no se engañen á sí mismos investigando la sabiduría humana. Les hace presente que para llegar á ser verdaderamente sabio, es necesario hacerse necio segun el mundo; porque la sabiduría del mundo no es mas que locura delante de Dios (13), lo cual lo prueba con dos textos de la Escritura (14). De esto deduce que nadie debe gloriarse en los hombres, por sabios y elocuentes que parezcan (15), no solamente porque nada son

(1) Ỳ 10. 12.—(2) Ỳ 13.—(3) Ỳ 14.—(4) Ỳ 15. *ad finem.*—(5) Ỳ 1. *et* 2.—(6) Ỳ 3. *et* 4.—[7] Ỳ 5.8.—[8] Ỳ 9.—[9] Ỳ 10. 13.—[10] Ỳ 12 *et* 14.—[11] Ỳ 12. *et* 15.—[12] Ỳ 16. *et* 17.—[13] Ỳ 18. *et* 19.—[14] Ỳ 19. *et* 20.—[15] Ỳ 21.

esta vana elocuencia, y esta falsa sabiduría; sino porque ademas de esto Pablo, Apolo, Céfas, el mundo entero, todo es para los verdaderos fieles, todo es de ellos, ellos son de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios, á quien únicamente, debe referirse todo, como á principio y fin de todas las cosas (1).

De aquí toma ocasion para advertir que no deben considerarle á él y á los otros apóstoles mas que como ministros de Jesucristo, y dispensadores de los misterios de Dios (Cap. IV), añadiendo que lo único que debe desearse en un dispensador es que sea fiel á su ministerio (2). Acerca de lo cual dice que le importa poco el juicio de los hombres, y que no se atiene ni aun á el suyo propio, porque solo Dios puede juzgar sobre esto (3); y como efectivamente ha de llegar dia en que ha de juzgar, y dar á cada uno la alabanza que le sea debida; debe esperarse su juicio sin prevenirle (4). Les declara que para instruirlos sin ofender á nadie, no ha hablado sino de sí mismo, y de Apolo en todo lo que acaba de decirles acerca de sus predicadores, para enseñar á los Corintios con su propio ejemplo á no tener otros sentimientos de aquellos que les anuncian el Evangelio, sino los que él les ha manifestado; de suerte que procuren no ensoberbecerse los unos contra los otros á causa de los que los instruyen (5). Reprime estos sentimientos de orgullo haciéndoles considerar, que si se distinguen por alguna prenda, esta es un don que han recibido de Dios, á quien deben toda la gloria de él (6). Supone que están hartos de los mas excelentes conocimientos, ricos de toda clase de bienes espirituales, y elevados en gloria y en poder por las ventajas que los distinguen; y desea que esto sea en efecto así (7). Opone á esto la extrema humillacion en que Dios le tenia á él y á los otros apóstoles, reduciéndolos á aparecer á los ojos del mundo, como los últimos de los hombres (8). Compara este abatimiento y esta humillacion de los apóstoles con las ventajas que los Corintios parecian atribuirse (9). Les expone circunstanciadamente todo lo que los apóstoles tenian que sufrir, y las disposiciones con que lo sufrian (10). Les añade que no dice esto para confundirlos, sino para darles consejos como á sus queridos hijos [11]. Insiste en estas últimas palabras, y les hace presente que aunque tuvieran diez mil maestros en Jesucristo, siempre seria cierto que él solo es su padre, como que los engendró en Jesucristo por el Evangelio, que les anunció el primero (12). En calidad de padre los exhorta á que imiten como él á Jesucristo, y les anuncia que por esta causa les envió á Timoteo, el cual les hará saber la conducta que él observa, y que ellos tambien deben observar (13). Les dice que sabe, que algunos se hinchan de presuncion, como si él no hubiera de ir á ellos (14). Les añade que espera ir dentro de poco, y que entónces examinará, no los discursos, sino las obras de estas personas; porque la práctica de la virtud es la única cosa esencial en el reino de Dios (15), Con este motivo les pregunta si quieren que vaya á ellos con la vara en la mano, ó con espíritu de dulzura (16).

[1] Ỳ 22. *ad finem.*—[2] Ỳ 1. *et* 2.—[3] Ỳ 3. *et* 4.—[4] Ỳ 5.—[5] Ỳ 6.—[6] Ỳ 7.—[7] Ỳ 8.—[8] Ỳ 9.—[9] Ỳ 10.—[10] Ỳ 11.13.—[11] Ỳ 14.—[12] Ỳ 15.—[13] Ỳ 16. *et* 17.—[14] Ỳ 18.—[15] Ỳ 19. *et* 20.—[16] Ỳ 21. *et uit.*

Pasa despues á hablar de otro abuso, que es la conducta que observan con relacion al incesto que entre ellos se habia cometido (Cap. v). Insiste en la certidumbre del hecho y en la enormidad del crímen (1). Les vitupera que aun andan hinchados en vez de hallarse penetrados de dolor en vista de tal escándalo; y que no han quitado de entre ellos al que se hizo culpable (2). Para suplir esta negligencia pronuncia él mismo en los términos mas fuertes, y con toda la autoridad de que se halla revestido en Jesucristo, la sentencia de excomunion contra el que cometió aquel delito, y le entrega á Satanas para mortificar su carne, á fin de que este castigo le reduzca, y pueda salvarse en el último dia (3). Vuelve á vituperarles su vana gloria, y su peligrosa tolerancia. Los estrecha á que separen aquel hombre corrompido, haciéndoles presente que un poco de levadura es capaz de corromper toda la masa; que ellos deben considerarse como nueva masa, y como ázimos, en los cuales no deben sufrir ninguna levadura; y que siendo Jesucristo nuestra pascua, debemos acercarnos á él con los ázimos de una vida pura é inocente, y de una piedad sincera (4). Les advierte que cuando en una carta anterior les encargó que no tuviesen comunicacion con los deshonestos, no les habló de los deshonestos de este mundo, esto es, de los que viviendo fuera de la Iglesia, cometen este y otros crímenes semejantes; sino de los que hallándose entre los hermanos, es decir, siendo miembros de la Iglesia como ellos, se entregan á tales excesos. No podia entónces evitarse el comercio con los infieles, y por eso queria el Apóstol solamente que no se tratase con aquellos fieles de quienes se sabia que estaban entregados al crímen (5). Añade que efectivamente no tiene que juzgar á los que están fuera de la Iglesia, y por consiguiente fuera de su jurisdiccion; mas en cuanto á los que están dentro de la Iglesia, los mismos á quienes escribe pueden juzgarlos por la autoridad de sus superiores; y que así dejando á Dios el juicio de los que se hallan fuera de la Iglesia, deben cuidar de quitar de entre ellos al que se advierta culpable de crímen (6).

Pasa á otro abuso que es el relativo á los negocios cuya decision sujetaban á los tribunales de los infieles (Cap. vi). Les tiene á mal que no tomen mas bien por árbitros á sus propios hermanos (7). Les hace presente que supuesto que deben algun dia juzgar al mundo y á los ángeles, pueden muy bien juzgar ahora de cosas mucho menores, como todas las que pertenecen al siglo presente (8): que para juzgar de estas cosas bastan los de menor estimacion entre los fieles (9). Les pregunta que si no hay entre ellos algun hombre sabio que pueda juzgar entre sus hermanos (10). Vuelve á vituperarles que tengan pleitos, y que los pongan en los tribunales de los infieles (11). Les dice que es un desórden que los tengan, tanto porque debian sufrir en silencio las injusticias que se les hiciesen, como porque entre ellos no debe cometerse injusticia alguna (12). Les recuerda lo que ya sabian; esto es, que los que cometen injusticia no serán herederos del reino de Dios. A la injusticia añade otros muchos crímenes que excluyen tambien de la herencia celestial, é insiste particu-

[1] ℣ 1. [2] ℣ 2.—[3] ℣ 3.5.—[4] ℣ 6.8.—[5] ℣ 9.11.—[6] ℣ 12. *ad finem.* [7] ℣ 1.—[8] ℣ 2. *et* 3.—[9] ℣ 4. [10] ℣ 5.—[11] ℣ 6.—[12] ℣ 7. *et* 8.

larmente en los de la carne, de los cuales pronto hablará extensamente (1). Advierte á los Corintios que algunos de ellos se hallaban en otro tiempo culpables de los crímenes de que acaba de hablar; pero que fueron lavados, santificados y justificados con el bautismo que recibieron en nombre de Jesucristo (2); de donde resulta que no deben ya cometerlos en lo de adelante. Podria objetársele que á cualquiera le es permitido defender sus derechos, y velar en la conservacion de los bienes necesarios para la vida; parece que sobre esto responde: Todo me es permitido, pero no todo me conviene: todo me es permitido, mas yo no me haré esclavo de nadie (3); como si dijera: puede ser permitido pleitear, pero puede ser conveniente no hacerlo; puede ser permitido defender los propios bienes; pero es necesario no hacerse esclavo. Esto, segun parece, le da ocasion de decir: Las viandas son para el vientre, y el vientre para las viandas; pero Dios destruirá algun dia uno y otro (4); como si dijera: Los bienes de esta vida están destinados á la subsistencia de este cuerpo terrestre y perecedero; pero son tan perecederos como él, y no debemos hacernos esclavos ni del cuerpo, ni de los bienes. Ésto le da ocasion de pasar á hablar del cuarto abuso, que es la fornicacion. Les hace presente que el cuerpo no fué hecho para ella, sino para ser consagrado al Señor que vela en su conservacion, y que le ha de resucitar el último dia (5). Les advierte que por la union espiritual que tienen con el Señor, son sus cuerpos miembros de Jesucristo; y que al contrario, por la union carnal con una ramera, se hacen sus miembros, miembros de ella, lo cual es un horrible sacrilegio (6). En consecuencia los exhorta á huir de la fornicacion, añadiendo otro motivo, y es que por este crímen peca el hombre contra sí mismo, pecando contra su propio cuerpo (7). Tambien les hace ver que sus miembros son templo del Espíritu Santo, templo que el mismo Dios compró por grande precio: dos motivos que deben obligarlos á glorificar á Dios, conservando sus cuerpos libres de toda mancha (8).

Esto le da oportunidad para hablar de las cuestiones que le habian propuesto los Corintios relativas al matrimonio, á la viudez y á la virginidad (Cap. vii). La primera cuestion se reduce á saber si el matrimonio es conveniente para la salvacion. El Apóstol responde primero en general que la continencia es mas conveniente; pero que vale mas casarse que exponerse á caer en la fornicacion (9). Despues manifiesta las obligaciones mutuas del marido y la muger, de pagarse recíprocamente el débito conyugal (10); de no abstenerse de ello, sino de comun acuerdo por algun tiempo, para dedicarse al ayuno y á la oracion; y de vivir despues como ántes para que el demonio no tome de aquí ocasion de tentarlos (11). Añade que el decirles que se casen no es un precepto, sino un simple permiso ó condescendencia; pues desearia que todos guardasen continencia como él; pero que conoce que cada uno tiene de Dios su propio don (12). La segunda cuestion consiste en saber si los viudos de uno y otro sexo pueden volver á casarse. Res-

[1] ℣ 9. *et* 10.—[2] ℣ 11.—[3] ℣ 12.—[4] ℣ 13. [5] ℣ 13 *et* 14.—[6] ℣ 15.17.—[7] ℣ 18.—[8] ℣ 19. *ad finem.*—[9] ℣ 1. *et* 2.—[10] ℣ 3. *et* 4.—[11] ℣ 5.—[12] ℣ 6. *et* 7.

ponde á ella segun los mismos principios: les es bueno permanecer como se hallan, pero si no pueden guardar continencia es mejor que se casen (1). La tercera está reducida á saber en general si los casados pueden separarse, y contraer despues otro matrimonio. Responde que no deben separarse; y que si se ven obligados á hacerlo, no deben contraer otro matrimonio, sino volverse á reunir: declara que este es un precepto (2); y que así, no es él quien lo manda, sino el mismo Dios; aunque en cuanto á los otros de quienes habia respondido primero, no les da mas que un consejo, y no un precepto impuesto por el Señor (3). La cuarta cuestion se refiere á un caso particular propuesto por los Corintios, á saber: si siendo los dos cónyuges de diferente religion, puede el fiel separarse del que no lo es. Responde que si el infiel consiente en vivir en paz con el fiel, no debe este separarse (4). Para esto da dos razones: que la santidad de uno de los cónyuges puede contribuir á la santificacion del otro, atrayéndole á la fe (5): y que la separacion de ellos expondría á los hijos á quedar impuros, permaneciendo en la infidelidad con el cónyuge infiel, al paso que permaneciendo con el fiel, pueden ser conducidos á la fe, y santificados con la gracia de los sacramentos (6). Añade que si el infiel quiere separarse, puede el fiel consentir en ello; para lo cual da tres razones: que este no está entónces sujeto á la obligacion de permanecer con aquel (8): que debe preferir la paz á que Dios le llama, á las turbaciones domésticas á que se veria expuesto (9): y que no está seguro de poder ganar para Dios al cónyuge infiel, especialmente cuando este se retira y se aleja (10). Dice despues el Apóstol que los deja en libertad para que cada uno se conduza en esto segun el don particular que haya recibido del Señor, ó permanezca en el estado en que se hallaba cuando Dios le llamó (11). Les declara que esto es lo que él ordena en todas partes; que cada uno permanezca en el estado en que se hallaba, no solo con relacion al matrimonio, sino tambien con relacion á la circuncision y á la servidumbre (13): en cuanto á la circuncision, porque es una práctica del todo indiferente para la salud, y porque lo único necesario es observar los mandamientos de Dios: en cuanto á la servidumbre, consiente en que el que es llamado, siendo esclavo, permanezca esclavo, y aun lo aconseja, porque puede hacer buen uso de las penas de la servidumbre, y porque, por otra parte es liberto del Señor (14). Con respecto al que es llamado, siendo libre, le aconseja que permanezca así; porque siendo esclavo de Jesucristo, no le conviene serlo de los hombres, contrayendo empeños que pueden distraerle del servicio que debe á Jesucristo (15). Y así, repite el Apóstol por tercera vez, permanezca cada uno en el estado en que se hallaba (16). De aquí pasa á la tercera cuestion, sobre si la virginidad es de consejo, ó de precepto. Responde que el Señor no la impuso como precepto; pero que él, para ser fiel á su ministerio, la propone como consejo (17), y manifiesta las razones de este consejo: primeramente, la situacion vio-

[1] V 8. *et* 9.—[2] V 10. *et* 11.—[3] V 12.—[4] V 12. *et* 13.—[5] V 14.—[6] V 15.—[7] *Ibid.*—[8] *Ibid.*—[9] *Ibid.*—[10] V 16.—[11] V 17.—[12] *Ibid.*—[13] V 18..26.—[14] V 21. *et* 22.—[15] V 23.—[16] V 24.—[17] V 25.

lenta en que los fieles se hallarian entónces en medio de las persecuciones, en la cual les era mejor estar libres de los vínculos del matrimonio (1); aunque añade que si están ligados con aquel vínculo no deben tratar de romperle, pues solo dice que si no están enlazados, harán bien en no enlazarse: en segundo lugar alega las penas y los peligros anexos de ordinario á este estado (2); confiesa que no es pecado casarse, pero al mismo tiempo advierte que en el matrimonio se sufren penas que él desearia que evitasen los que aun no están casados (3): en tercer lugar la brevedad de la vida; el tiempo es tan corto, que no debemos aficionarnos á nada de este mundo, de suerte que los que tienen muger, deben hallarse en cuanto á la disposicion del corazon, como si no la tuviesen; porque en general debe usarse de este mundo como si no se usase (4). En cuarto lugar los cuidados que dividen el espíritu y el corazon de los que hallándose en este estado, estan obligados á buscar los medios de agradarse mutuamente, al paso que los que no están enlazados se hallan libres para no pensar en agradar mas que al Señor (5). Les advierte que no se explica de esta manera con el fin de armarles un lazo; sino únicamente para proponerles lo que puede serles útil (6). Declara que si un padre piensa que debe casar á su hija, no peca, y que si lo hace, hace bien; pero que hace mas bien el que prefiere conservar á su hija en la virginidad (7). Con esto confirma lo que habia dicho, á saber: que es permitido casarse, pero que es mas conveniente guardar continencia. Despues confirma tambien lo que habia dicho con relacion á los casados y viudos; dice que la muger está sujeta á la ley del matrimonio miéntras su marido vive, y que si este muere, puede volver á casarse, pero que será mas feliz si permanece viuda (8).

Despues de haber respondido el Apóstol á las cuestiones que se le habian propuesto, vuelve á los abusos que tenia que combatir, de los cuales el quinto es relativo á las viandas consagradas á los ídolos, de las que algunos creian que podian comer, aunque esto escandalizaba á los flacos (Cap. VIII). Confiesa que sobre este particular estaban tan instruidos como él los que creian que podian comer de aquellas viandas; pero les hace presente que la ciencia por sí misma no sirve mas que para hinchar; en vez de que la caridad que nos hace condescender con la flaqueza de nuestros hermanos, lleva consigo la edificacion (9): que si alguno se complace y gloría en su ciencia, esta es vana é ilusoria; al paso que si alguno ama á Dios, merece ser conocido de él, lo cual es lo único útil (10). Conviene con ellos en que los ídolos no son nada, que no hay mas que un solo Dios, que por grande que sea la muchedumbre de dioses y señores que reconocen los hombres, los cristianos no reconocen sino un solo Dios que es el Padre Eterno, de quien proceden las otras dos personas divinas; y un solo Señor, que es Jesucristo, su Hijo, y Dios y hombre (11). Pero al mismo tiempo les hace ver que no todos están igualmente per-

[1] V 26.—[2] V 27.—[3] V 28.—[4] V 29..31.—[5] V 32..34.—[6] V 35.—[7] V 36..38.—[8] V 39. *ad finem.*—[9] V 1.—[10] V 2. *et* 3.—[11] V 4..6.

suadidos de la nada de los ídolos, y que los que creyendo que el ídolo es alguna cosa, comen de las viandas que se le han consagrado, se manchan comiéndolas con tal disposicion (1). Les asegura que la libertad conque comen estas viandas no los hace mejores delante de Dios (2), y que puede llegar á ser motivo de escándalo para los flacos, y causarles su perdicion, inclinándolos á comerlas contra su conciencia (3). Les añade que pecando de esta suerte contra sus hermanos, pecan contra Jesucristo (4); y que si la carne que comian era escandalo para sus hermanos, se determinasen mas bien á no comer carne jamas (5).

Para manifestarles que no exige de ellos mas que lo que él mismo practica, les hace ver hasta donde ha llevado en su conducta las consideraciones que debe usar la caridad con los flacos (Cap. IX.) Les advierte que si ellos se creen libres para seguir los movimientos de su conciencia, él lo es tambien; y que si algunos de entre ellos se consideran como sus apóstoles, él tiene derecho al mismo título (6). Ensalza su apostolado por la prerogativa que obtuvo de ver á Jesucristo; de quien recibió su mision; y por el buen éxito de su predicacion aun entre los Corintios: de donde infiere que aunque no fuese apostol para los otros pueblos, lo es á lo ménos para ellos; y que estos son tambien su defensa y el sello de su apostolado (7). Les dice que en calidad de tal puede, como los otros apóstoles, vivir del Evangelio, y hacer que le acompañe alguna muger piadosa que cuide de su persona (8). Solo insiste en la primera de estas dos prerogativas, y alega para ella las pruebas siguientes: primera, ningun soldado sirve á sus expensas, ningun viñador deja de comer el fruto de su viña, ningun pastor deja de alimentarse con la leche de su rebaño (9): segunda, la autoridad de la ley de Moises, que prohibe atar la boca al buey que trilla, con mayor razon debe esto entenderse de los ministros del Señor; porque si el que trilla el grano puede esperar participar de él, los que siembran bienes espirituales en los corazones de los fieles, deben á lo ménos recibir alguna cosa de sus bienes temporales (10): tercera, el ejemplo de los otros predicadores; porque si ellos usan de este privilegio, él tiene para usar de él mas derecho que ellos (11). Sin embargo no ha querido usar de estas facultades, y mas bien se ha resuelto á sufrir toda clase de incomodidades por no poner obstáculo al Evangelio (12). Alega todavía otras dos pruebas: el ejemplo de los ministros del templo que se alimentan de las oblaciones que hacen los fieles (13), y la autoridad de Jesucristo que ordenó que viviesen del Evangelio los que le predicasen (14). Pero el Apóstol advierte que á pesar de esto no ha querido usar de ninguna de las prerogativas de que podia haber usado (15); y les dice á los Corintios que aun al presente que les escribe de esta manera, no es su intencion exigirles esta clase de testimonios de reconocimiento; que mejor quisiera morir que dejarse arrebatar la gloria de predicarles gratuitamente el Evangelio (16); que efectivamente el motivo de su gloria y de su mérito no es precisamente predicar el Evangelio, pues en esto no hace mas que aquello á que está obligado, sino predicar-

[1] ℣ 7.—[2] ℣ 8.—[3] 9..11. [4] ℣ 12.—[5] ℣ 13. *et ult.*—[6] ℣ 1.—[7] ℣ 1..3.—[8] ℣ 4 6.—[9] ℣ 7.—[10] ℣ 8..11.—[11] ℣ 12.—[12] *Ibid.*—[13] ℣ 13.—[14] ℣ 14.—[15] ℣ 15.—[16] *Ibid.*

le gratuitamente, y sin usar de la facultad que le da su ministerio (1). Y para manifestar hasta qué punto ha sacrificado esta libertad, declara que siendo libre respecto de todos, se ha hecho siervo de todos, para ganarlos á todos, viviendo como judío con los Judíos, y como gentil con los gentiles, esto es, sujetándose á las observancias de la ley de Moises, ó dispensándose de ellas, segun la disposicion de aquellos con quienes se hallaba (2). Añade que todo esto lo hace por el adelantamiento del Evangelio, y para tener parte en los bienes que él promete (3). Dice que nunca podrá hacer demasiado para alcanzar la salud, y lo prueba primero con una comparacion. Propone á los Corintios el ejemplo de los atletas, que corren todos, y sin embargo uno solo consigue el premio. Los exhorta á correr tambien de tal modo que puedan alcanzar el premio (4). Insiste en esta comparacion, haciéndoles notar que los atletas se abstienen de todo, y solo esperan una corona corruptible en vez de que nosotros la esperamos incorruptible (5). Les declara que él mismo, tomando por modelo el ejemplo que les propone, corre y combate como los atletas; y que el adversario contra quien combate es su propio cuerpo, al cual reduce á servidumbre, para que no acontezca que despues de haber predicado á los otros, se haga reprobado él mismo (6).

Al ejemplo de los atletas añade el de los Judíos que viajaron por el desierto (Cap. X). Dice que todo aquel pueblo se vió cubierto con la nube milagrosa; que todos pasaron el mar Rojo; comieron el maná, y bebieron el agua de la piedra; y sin embargo, los mas desagradaron á Dios, y perecieron en el desierto (7). Asegura que todas estas cosas son figuras que se refieren á nosotros, y que los juicios que se ejercieron en los Judíos prevaricadores, nos enseñan á no ser como ellos, sensuales, idólatras, fornicarios, tentadores y murmuradores (8). Asegura de nuevo que todas las cosas deben considerarse como figuras destinadas á instruirnos (9). De esto infiere, que en vista de aquellos terribles juicios, el que piensa que está en pié debe cuidar de no caer (10). Les advierte á los Corintios que aun no habian experimentado mas que ligeras tentaciones, añadiéndoles que espera que Dios no solamente no permitirá que sean tentados sobre sus fuerzas, sino que hará que saquen provecho de la misma tentacion (11). De aquí pasa otra vez á hablar acerca de las viandas consagradas á los ídolos, y prohibe á los Corintios el uso de ellas, exhortándolos á que huyan de la idolatría (12). Los pone por jueces de la comparacion que va á hacer (13). Les dice que en el culto nuevo de la religion cristiana, los que participan del pan y del cáliz eucarísticos, participan del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, y se hacen todos un mismo cuerpo, comiendo todos de un mismo pan (14). Añade que aun en el culto antiguo de la religion judaica, los que comen de la víctima inmolada tienen parte con el altar (15). De aquí infiere que aquellos que comen de las viandas inmoladas á los ídolos, tienen tambien parte con el altar de los ídolos. Confiesa que el ídolo no es nada, y que lo que se le inmola no tiene ninguna virtud particular (16); pero dice que estas viandas están inmoladas á los mismos demonios, y no puede permitirse que se tenga sociedad con los

[1] ℣ 16..18.—[2] ℣ 19..22.—[3] ℣ 23.—[4] ℣ 24.—[5] ℣ 25.—[6] ℣ 26. *ad finem.*—[7] ℣ 1..5.—[8] ℣ 6..10.—[9] ℣ 11.—[10] ℣ 12.—[11] ℣ 13.—[12] ℣ 14.—[13] ℣ 15.—[14] ℣ 16 *et* 17.—[15] ℣ 18.—[16] ℣ 19.

demonios, participando de las cosas que se ofrecen á estos espíritus de tinieblas (1); y que no se puede participar al mismo tiempo de la mesa del Señor y de la del demonio, pues esto seria irritar á Dios, menospreciarle, y creerse mas fuerte que él, despreciando sus amenazas (2). Podia objetársele que no siendo nada el ídolo, y careciendo de virtud las viandas que se le inmolan, debia permitirse usar de ellas indiferentemente; y por esto vuelve á repetir que no todo lo que es permitido es conveniente (3), añadiendo á este principio que no todo lo permitido edifica, y que ninguno debe buscar su propia satisfaccion, sino el bien de los otros (4). Despues expone á los Corintios las reglas que deben seguir. Les permite que coman indiferentemente de todas las viandas que se venden en la plaza, sin informarse de dónde han venido, porque cuanto hay sobre la tierra pertenece al Señor (5). Les permite igualmente que vayan á las casas de los infieles que los convidaren, y que coman indiferentemente de todo lo que se les presente, sin preguntar de dónde ha venido (6). Mas quiere que, si alguno les advierte que una vianda ha sido inmolada á los ídolos, se abstengan de comer de ella para no autorizar ó escandalizar al que les ha hecho la advertencia (7), esto es, para que los flacos no tengan motivo de condenar la libertad de aquellos que hallándose mas instruidos, podrian comer de estas viandas (8). Los exhorta á que lo hagan todo por la gloria de Dios (9); á que no den ocasion de escándalo ni á los Judíos ni á los gentiles, ni á la Iglesia de Dios (10); á que prefieran siempre, como él, lo mas provechoso á la salud de los otros (11); y á que imiten el ejemplo que les da, así como él imita el de Jesucristo (12).

Despues pasa á tratar del sexto abuso, reducido á que algunas mugeres se presentaban con la cabeza descubierta en las asambleas de los fieles (Cap. XI). Comienza alabando á los Corintios, porque manifestaban que se acordaban de él, observando las tradiciones y costumbres que les habia enseñado (13). Les dice que Jesucristo es la cabeza del hombre, el hombre es la de la muger, y Dios la de Jesucristo (14). De aquí infiere que todo hombre que ora ó profetiza con la cabeza cubierta, deshonra su cabeza; porque cubriéndosela toma la señal de una servidumbre indigna de sí; y que al contrario, toda muger que ora ó profetiza con la cabeza descubierta, deshonra su cabeza, porque descubriéndosela depone la señal de la subordinacion que le conviene (15). Insiste en que aun los cabellos de la muger son un velo que la naturaleza le ha dado; de suerte que si se quita su velo, es lo mismo que si estuviera raida; y que si le es vergonzoso raerse el pelo, tampoco le es conveniente quitarse el velo (16). Observa que el hombre no debe cubrirse, porque es imágen y gloria de Dios, de quien únicamente depende (17): y que la muger es gloria del hombre, de quien depende (18); y ántes de deducir la consecuencia de este principio, prueba aquella dependencia, haciendo notar que el hombre no fué formado ni de la muger ni por ella, sino que esta fué formada de él y por él (19); de aquí infiere que aquella debe llevar en su cabeza el símbolo de su de-

[1] ℣ 20.—[2] ℣ 20. 22.—[3] ℣ 22.—[4] ℣ 23. *et* 24.—[5] ℣ 25. *et* 26.—[6] ℣ 27.—[7] ℣ 28. *et* 29.—[8] ℣ 29. *et* 30.—[9] ℣ 31.—[10] ℣ 32.—[11] ℣ 33. *ut ult.* —[12] *Cap.* XI. ℣ 1. Este verso debe considerarse como conclusion del capítulo anterior.—[13] ℣ 2.—[14] ℣ 3.—[15] ℣ 4. *et* 5.—[16] ℣ 5. *et* 6.—[17] ℣ 7.—[18] *Ibid.*—[19] ℣ 8. *et* 9.

pendencia (1). Da para esto otro motivo, diciendo que la muger debe cubrir su cabeza por causa de los ángeles (2), sea que hable aquí de los espíritus celestiales, que son testigos de nuestras acciones, ó mas bien de los sacerdotes, que tambien son ángeles visibles del Señor. Mas para que el hombre no se prevalese de estas prerogativas, advierte el Apóstol que ni el hombre en el órden presente de la naturaleza puede estar sin la muger, ni la muger sin el hombre, y que aun en su orígen, uno y otro vienen de Dios (3). Despues de esto deja que los Corintios mismos juzguen si es conveniente y conforme al órden de la naturaleza, que la muger no tenga la cabeza cubierta (4). Finalmente, corta con una palabra este asunto, declarando que si alguno quiere defender la costumbre contraria, basta contestarle que no está recibida en la Iglesia (5). Despues pasa al séptimo abuso, relativo á los convites que precedian á la comunion en las asambleas de los fieles. Desde luego se queja en general de que aquellas asambleas les eran mas perjudiciales que útiles (6). Les dice que es sabedor de que en ellas se forman divisiones (7), lo cual, añade, crée en parte, porque es necesario que haya heregías para hacer conocer á los que son fieles á toda prueba (8). En seguida explica lo que entiende por estas divisiones, vituperándoles que cuando se congregan, no es para comer en comun y celebrar así la cena del Señor, sino para comer cada uno su propia cena; de suerte que algunos están hambrientos mientras otros están hartos (9). Les echa en cara que con esto menosprecian la Iglesia de Dios y avergüenzan á los pobres (10). Les recuerda la institucion de la cena eucarística, y el precepto que Jesucristo impuso á sus apóstoles de que la renovasen en su memoria (11). Les advierte que siempre que la celebran, renuevan la memoria de la muerte del Señor (12), cuyo cuerpo y sangre están bajo las especies del pan y del vino. De la realidad de esta transubstanciacion infiere primeramente que cualquiera que participa indignamente de este pan y de este cáliz será reo del cuerpo y de la sangre del Señor (13); y en segundo lugar que no debe el hombre participar de ellos sin haberse probado (14). Advierte que el que participa indignamente, come y bebe su juicio y su condenacion (15), y añade que por esto se ven entre los Corintios muchos atacados de las enfermedades y de la muerte (16); y considera esto como un juicio necesario que no tratamos de prevenir juzgándonos á nosotros mismos, y que puede sernos provechoso por cuanto Dios nos castiga en este mundo, para no condenarnos en el otro (17). Finalmente, el Apóstol despues de haber insistido en el discernimiento que debe hacerse de la cena eucarística, arregla el órden que deben observar los fieles en los convites comunes que precedian á los santos misterios, y ofrece arreglar otras muchas cosas cuando se halle presente (18).

De aquí pasa al octavo abuso concerniente á los dones espirituales (cap. XII); y por cuanto los Corintios en el tiempo de su infidelidad, tuvieron conocimiento de la costumbre de consultar á los oráculos de los demonios, les enseña el modo general de discernir á los que están animados del espíritu de verdad, de los que

[1] ℣ 10.—[2] *Ibid.*—[3] ℣ 11. *et* 12.—[4] ℣ 13.15.—[5] ℣ 16.—[6] ℣ 17.—[7] ℣ 18.—[8] ℣ 18. *et* 19.—[9] ℣ 20. *et* 21.—[10] ℣ 22.—[11] ℣ 23.25.—[12] ℣ 26. —[13] ℣ 27.—[14] ℣ 28.—[15] ℣ 29.—[16] ℣ 30.—[17] ℣ 31. *et* 32.—[18] ℣ 33. *ad finem.*

lo están del de mentira; el cual se reduce á preguntar al espíritu que los anima, y obligarle á confesar á Jesucristo (1). Despues, advirtiendo la diversidad de los dones espirituales, establece entre ellos la igualdad por parte de su autor y su principio, que es el mismo Espíritu, el mismo Señor, el mismo Dios (2); y por parte de su fin, que es la utilidad de la Iglesia (3). Distribuye estos diferentes dones en nueve clases (4). Insiste en que el autor de todos ellos es el mismo Espíritu, quien los reparte á cada uno como quiere (5). En seguida, para manifestar la union que debe haber entre los que han recibido estos dones celestiales, que tienen un mismo principio y fin, compara con el cuerpo humano el cuerpo místico de Jesucristo, y observa que así como en aquel muchos miembros forman un solo cuerpo, así tambien en Jesucristo formamos todos un cuerpo (6). Despues manifiesta que el cuerpo consta necesariamente de muchos miembros: que todos le pertenecen y le forman (7): que todos tienen entre sí mútua dependencia: que los que parecen mas débiles, son mas necesarios (8): que los que tenemos por mas viles, son los que mas se honran por los vestidos que los cubren (9): y finalmente, que todos toman parte en el bien ó en el mal de los otros (10). Prosigue diciendo que nosotros tambien somos todos juntos el cuerpo de Jesucristo, y miembros unos de otros (11): que estos diversos miembros se distinguen por los dones que Dios ha distribuido entre ellos (12); y que no todos tienen los mismos dones (13). Exhorta á los Corintios á que aspiren á los dones mas excelentes, y les anuncia que va á mostrarles un camino mejor (14).

Les da á conocer que este camino es la caridad (cap. XIII). La compara con los otros dones, y dice, que aunque hablase las lenguas de los ángeles y de los hombres; aunque tuviese el don de profecía y la ciencia mas profunda, ó la mas grande fe; aunque se distribuyesen todos sus bienes entre los pobres, ó se entregase su cuerpo para ser quemado; de nada le aprovecharia sin la caridad (15). Expone despues los principales caracteres de esta excelente virtud, manifestando lo que es, y lo que no es (16); en cuya enumeracion parece que tuvo á la vista particularmente los defectos que reinaban entre los fieles de Corinto. Insiste principalmente en la duracion eterna de la caridad, diciendo que nunca ha de acabar, aunque hayan de cesar el don de profecía, el de ciencia y el de lenguas (17). Prueba que cesarán los dos primeros, porque los conocimientos imperfectos que tenemos en esta vida, se disiparán cuando aparezca la luz de la gloria (18). Explica esto con una comparacion tomada de lo que experimentan todos los hombres que, pasando de la infancia á la edad perfecta, pierden los débiles conocimientos de aquella (19). Pone despues esta otra comparacion: ahora vemos á Dios como por espejo y en enigma, mas entónces le veremos cara á cara (20). Finalmente, advierte que de las tres virtudes principales que subsisten ahora, á saber, fe, esperanza y ca-

[1] ℣ 1..3.—[2] ℣ 4..6. [3] ℣ 7.—[4] ℣ 8..10.—[5] ℣ 11.—[6] ℣ 12 *et* 13.—[7] ℣ 14..20. [8] ℣ 21 *et* 22.—[9] ℣ 22 23..25. [10] ℣ 26.—[11] ℣ 27.—[12] ℣ 28.—[13] ℣ 29 *et* 30.—[14] ℣ 31. *et ult.*—[15] ℣ 1..3.—[16] ℣ 4..7.—[17] ℣ 8.—[18] ℣ 9. *et* 10.—(19) ℣ 11.—(20) ℣ 12.

ridad, la última, que ha de durar eternamente, es la mas excelente (1).

Manifiesta despues á los fieles de Corinto cuáles deben ser sus disposiciones con respecto á estos diferentes dones del Espíritu de Dios, y qué uso deben hacer de ellos (cap. XIV). Primero los exhorta á buscar con ardor la caridad (2), añadiéndoles que deseen tambien los otros dones, especialmente el de profecía (3), que consiste no solo en conocer las cosas futuras ú ocultas, sino tambien en hablar de las cosas de Dios de un modo útil y edificante. Despues compara este don con el de lenguas, para dar á conocer la superioridad de aquel por muchas razones: dice que el que habla una lengua desconocida puede muy bien edificarse á sí mismo; pero no puede edificar, instruir y consolar á los que no la entienden; siendo así que el que profetiza es entendido por todos, y edifica á la Iglesia de Dios (4): de aquí infiere que el don de profecía es preferible al de lenguas, á no ser que este se halle unido al de interpretacion, para que pueda ser edificada la Iglesia de Dios (5). Confirma esto con su propio ejemplo, haciéndoles notar, que aunque es apóstol, si les hablase en lenguas desconocidas, lo haria en vano, y no podria serles útil sino anunciándoles, como profeta, lo que supiese por la revelacion, ó como doctor, lo que hubiese aprendido por la ciencia (6). Se vale de una comparacion tomada de los instrumentos de música: así como cuando el instrumento no da sonidos diferentes, no puede distinguirse lo que se toca, y se hace inútil; así tambien el don de lenguas se hace inútil si el que habla no es entendido (7). Añade que hay en el mundo tantas lenguas diferentes, que los hombres no tendrian comunicacion y sociedad, si los unos no entendieran las lenguas de los otros (8). De aquí infiere que si los Corintios apetecen los dones espirituales, deben desear abundar en ellos para edificacion de la Iglesia (9); y que así el que tiene el de lenguas, debe pedir á Dios el de interpretacion (10). Tambien advierte que si ora en una lengua que no entiende, aunque ora su corazon, queda sin fruto su espíritu (11). Añade que si un fiel ora con el espíritu en una lengua desconocida, el que en nombre del pueblo debe responder *Amen*, no podrá hacerlo, por no haber entendido lo que se ha dicho (12). Confiesa que esta oracion será buena en sí misma; pero observa que los otros no quedarán edificados con ella (13). Da gracias á Dios porque él habla todas las lenguas que hablan los Corintios; pero dice que en la asamblea de los fieles, quisiera mas bien hablar cinco palabras de su inteligencia para instruir á los otros, que diez mil en una lengua desconocida (14). Los exhorta á que no sean niños en el discernimiento del bien, sino en cometer el mal (15). Manifiesta con la misma Escritura que el don de lenguas ha sido dado como señal, no para los fieles, sino para los infieles; pero que la profecía es para aquellos, y no para estos (16). Hace ver que si los infieles, entrando en la asamblea de los fieles, los oyen hablar á todos en lenguas desconocidas, los despreciarán; pero si los oyen

(1) ℣ 13 *et ult.*—(2) ℣ 1.—(3) *Ibid.*—(4) ℣ 2..4.—(5) ℣ 5.—(6) ℣ 6.—(7) ℣ 7..9.—(8) ℣ 10. *et* 11.—(9) ℣ 12.—(10) ℣ 13.—(11) ℣ 14. *et* 15.—(12) ℣ 16.—(13) ℣ 17.—(14) ℣ 18 *et* 19.—(15) ℣ 20.—(16) ℣ 21. *et* 22.

profetizar, serán movidos, y conocerán en esta señal la operacion de Dios (1). Despues de esto arregla el Apóstol el uso de estos diferentes dones en las asambleas de los fieles, y dispone que el que se sienta inspirado para componer un cántico, para dar alguna instruccion, para descubrir alguna cosa oculta, para hablar una lengua desconocida, ó para interpretarla, lo haga todo para edificacion (2). Que en cuanto al don de lenguas, solo hablen dos ó tres personas sucesivamente, é interpretando alguno lo que hubieren dicho (3): que en cuanto al don de profecía, hablen dos ó tres, y los demas juzguen (4): que si miéntras uno habla, tiene otro alguna revelacion, calle el primero (5). Dice que este órden que les prescribe les es muy posible, y que solo se le prescribe para su comun utilidad (6). Prueba esta posibilidad haciéndoles observar que los espíritus de los profetas están sujetos á los profetas; porque Dios no es Dios de turbacion y confusion, sino de paz (7). En cuanto á las mugeres, les prohibe que hablen en las asambleas de los fieles, no solo para enseñar, sino aun para instruirse (8). Increpa á los fieles de Corinto como si hubieran querido introducir nuevos usos, ó apartarse de los usos de las otras iglesias (9). Declara que los que se tienen por profetas ó espirituales, deben sujetarse á los preceptos que de parte de Dios les impone (10); y reduce estos preceptos á tres capítulos: buscar principalmente el don de profecía, no vedar el uso del de lenguas, y hacerlo todo con órden y decencia (11).

Pasa por fin el Apóstol al nono y último abuso, que es la incredulidad de los que dudaban de la resurreccion futura (cap. xv). Dice al principio que no va á hacer mas que recordarles el Evangelio que les habia predicado, que ellos habian recibido, que conservaban todavía en otros puntos, y que conservándole tal como él le habia anunciado, debia producirles la salud (12). Les recuerda que les dejó en depósito estas tres verdades que recibieron, á saber: que Jesucristo murió por nuestros pecados, que fué sepultado, y que resucitó al tercero dia, las cuales están apoyadas aun en la autoridad de las antiguas Escrituras que las predijeron (13). Les recuerda tambien lo que les habia dicho de las diversas apariciones de Jesucristo despues de su resurreccion, de la cual son las pruebas mas naturales, y numera seis: la primera á Céfas, la segunda á los once apóstoles el mismo dia de la resurreccion, la tercera á mas de quinientos discípulos reunidos en Galilea, la cuarta á Santiago hermano del Señor, la quinta á todos los apóstoles el dia de la ascension, y la sexta al mismo San Pablo (14). Al acordarse de este singular favor, se abate, se considera como un aborto, como el menor de los apóstoles, y como indigno del nombre de apostol, porque persiguió á la Iglesia de Dios (15). Pero al mismo tiempo tributa á Dios homenage, confesando que por su gracia es lo que es, y que esta no ha sido en él vana y estéril; sino que ha trabajado mas que todos los otros; ó mas bien, no él, sino la gracia de Dios con él (16). Añade que las verdades que anuncia, y que acaba de recordar, han sido tambien anunciadas por los otros apóstoles, que esto es lo que todos han predicado, esto es lo que han creido los Corintios (1). Estando pues tan universalmente testificada la resurreccion de Jesucristo, se maravilla el Apóstol de que algunos se atrevan todavia á negar la resurreccion futura, porque si los muertos no resucitan, se sigue que Jesucristo no resucitó (2). Es necesario poner á la vista las peligrosas consecuencias que resultan de esto. Si Jesucristo no resucito, es vana la predicacion de los apóstoles, y ellos son testigos falsos delante de Dios; es vana la fe de los pueblos, y estos permanecen en sus pecados; los que han muerto en la fe han perecido sin recurso; los que viven en la fe, no teniendo esperanza en Jesucristo mas que para esta vida, son los mas miserables de todos los hombres (3). Mas el Apóstol no teme asegurar que Jesucristo resucitó (4) é inferir de aquí la certidumbre de la resurreccion futura. Dice que Jesucristo resucitó para ser las primicias de los que duermen el sueño de la muerte (5); que así como la muerte entró en el mundo por un solo hombre, así tambien de un solo hombre debe venir la resurreccion; de suerte que así como todos los que mueren, mueren por Adan, todos los que vuelvan á la vida volverán por Jesucristo (6). Manifiesta que en esto se halla observado el órden conveniente: Jesucristo, siendo las primicias, resucitó el primero; en su último advenimiento resucitarán todos los que son suyos (7); despues de esto será el fin y la consumacion de todas las cosas, cuando Jesucristo haya entregado el reino á su Padre, despues de haber destruido toda dominacion y todo poder (8). Prueba con la Escritura que Jesucristo ha de reinar hasta que su Padre ponga á todos sus enemigos debajo de sus piés; y añade que la muerte ha de ser el último enemigo que destruya (9). Con otro texto prueba que todo debe sujetarse á Jesucristo, advirtiendo que debe sin duda exceptuarse aquel que sometió á él todas las cosas, y añadiendo que cuando todo le esté sometido, volverá el reino á su Padre, y segun su humanidad estará sujeto á él, para que Dios sea todo en todos (10). Despues vuelve á las consecuencias que se siguen de negar la resurreccion. Ya habia dicho que si los muertos no resucitan, han perecido sin recurso los que han muerto en Jesucristo; y de aquí infiere que en vano se bautizaban por los muertos ciertos hombres supersticiosos que negaban la resurreccion (11). Añade que si los muertos no resucitan, han perecido sin recurso, y por tanto en vano tambien se corren tantos peligros en cada hora (12); sobre lo cual cita particularmente el combate que sufrió en Efeso (13). Finalmente dice que si los muertos no resucitan, nada nos queda que decir, sino: Comamos y bebamos, porque mañana morirémos (14). Advierte despues á los Corintios que se guarden de las funestas consecuencias que pueden tener estos discursos temerarios, capaces de precipitar en la corrupcion de costumbres (15). Los exhorta á que salgan de su letargo para no caer en pecado. Les echa en cara que entre ellos hay algunos que han perdido el conocimiento de Dios (16). A continuacion se propone dos cuestiones: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Cuál será el cuerpo en que han de resucitar? (17). A estas dos cuestiones responde por me-

(1) ℣ 23.-25.—(2) ℣ 26.—(3) ℣ 27. *et* 28.—(4) ℣ 29.—(5) ℣ 30.—(6) ℣ 31.—(7) ℣ 32. *et* 33.—(8) ℣ 34. *et* 35.—(9) ℣ 36.—(10) ℣ 37. *et* 38.—(11) ℣ 39 *ad finem*.—(12) ℣ 1. *et* 2.—(13) ℣ 3. *et* 4.—(14) ℣ 5.-8.—(15) ℣ 8. *et* 9.—(16) ℣ 10.

(1) ℣ 11.—(2) ℣ 12. *et* 13. (3) ℣ 14.-19. (4) ℣ 20. (5) *Ibid.* (6) ℣ 21. *et* 22. (7) ℣ 23. (8) ℣ 24. (9) ℣ 25. *et* 26. (10) ℣ 26.-28. (11) ℣ 29. (12) ℣ 30. *et* 31. (13) ℣ 32. (14) *Ibid.* (15) ℣ 33. (16) ℣ 34. (17) ℣ 35.

dio de una comparacion: La semilla no se vivifica, si ántes no muere, y el cuerpo de la semilla es diferente del de la planta que Dios hace nacer de ella (1). A esta comparacion añade las siguientes: No toda carne es una misma carne (2), no todos los cuerpos son de una misma naturaleza (3). Aplicando estas comparaciones manifiesta la diferencia que ha de haber entre nuestros cuerpos mortales y corruptibles, y nuestros cuerpos resucitados é incorruptibles (4). Este le da ocasion de comparar los principios de los dos estados: Así como tenemos de Adan un cuerpo animal, semejante al que recibió de Dios en su creacion; recibirémos de Jesucristo un cuerpo espiritual, semejante al que recibió de su Padre en su resurreccion (5) El primer hombre que fué Adan, fué terreno, y nosotros somos terrenos como él: el segundo, que es Jesucristo es celestial, y nosotros serémos celestiales como él (6). La carne y la sangre, es decir, este cuerpo animal y terreno, no puede poseer el reino de Dios; y la corrupcion, esto es, este cuerpo mortal y corruptible, no puede entrar en posesion de aquella herencia incorruptible (7). Despues trata el Apóstol de explicar el misterio de la resurreccion, es decir, la manera en que se hará. Declara (segun los ejemplares griegos) que no todos hemos de dormir el sueño de la muerte, pero que todos serémos mudados (8): esto lo explica diciendo que en un abrir y cerrar de ojos, al sonido de la última trompeta han de resucitar los muertos en un estado incorruptible, y nosotros los que aun vivamos en la tierra serémos mudados (9). Manifiesta qué mudanza ha de ser esta, añadiendo que es necesario que este cuerpo mortal y corruptible se revista de incorruptibilidad, y de inmortalidad (10). Dice que entónces se cumplirá la profecía de Isaias, que anuncia que la muerte será tragada y destruida con una total victoria (11), y la de Oséas, que pregunta á la muerte donde está su victoria y su aguijon (12). Advierte que el pecado es el aguijon de la muerte, y que la fuerza del pecado es la ley (13); y nos convida á dar gracias á Dios que por Jesucristo nos hizo triunfar del pecado y de la muerte (14). Concluye exhortando á los Corintios á que en lo de adelante permanezcan firmes y constantes en la fe de la resurreccion, y á que trabajen sin cesar en la obra del Señor, persuadidos de que su trabajo no quedará sin recompensa en nuestro Señor (15), porque la resurreccion futura es cierta.

Habiendo reprimido el Apóstol todos los abusos, y respondido á todas las cuestiones de los Corintios, termina su carta con algunas resoluciones sobre diferentes materias (cap. XVI). Los exhorta á que pongan aparte sus limosnas para los fieles de Jerusalen, á fin de que cuando él llegue á Corinto, pueda enviarlas ó llevarlas consigo (16). Les anuncia que irá á verlos cuando pase por la Macedonia (17). Añade de que su intencion es permanecer todavia mas tiempo en Efeso, porque se le ha abierto á su celo una carrera larga [18]. Les recomienda á Timoteo en caso de que este fiel discípulo llegue á ellos [19]. Les hace saber que ha rogado mucho á Apolo que vaya á verlos; pero este ha detenido el viaje para cuando tenga oportunidad [20].

(1) ℣ 36..38. (2) ℣ 39. (3) ℣ 40. *et* 41. (4) ℣ 42..44. (5) ℣ 44..46. (6) ℣ 47..49. (7) ℣ 50. (8) ℣ 51. (9) ℣ 52. (10) ℣ 53. (11) ℣ 54. (12) ℣ 55. (13) ℣ 56. (14) ℣ 57. (15) ℣ 58. *et ult.* (16) ℣ 1..4. (17) ℣ 5..7. (18) ℣ 8. *et* 9. (19) ℣ 10. *et* 11. (20) ℣ 12.

Los exhorta á que velen sobre sí mismos, á que estén firmes en la fe, se fortalezcan mas y mas contra todos los escándalos y peligros, y practiquen todas sus acciones con amor [1]. Les recomienda particularmente la familia de Estéfana, que era la primera de la Acaya que habia abrazado la fe, y que se habia dedicado al servicio de los santos [2]. Les manifiesta el gozo que tuvo de ver á Estéfana, Fortunato y Acaico, que vinieron á visitarle de parte de los Corintios [3]. Los saluda de parte de las iglesias de Asia, y les dice que se saludan mutuamente con un ósculo santo [4]. Les escribe una salutacion de su propio puño [5]. Pronuncia un anatema contra los que no aman á Jesucristo nuestro Señor [6]. Finalmente, desea á todos los fieles de Corinto la gracia de Jesucristo, y les asegura que los ama sinceramente en el mismo Jesucristo [7].

III. Observaciones sobre el lugar y tiempo en que fué escrita la epístola.

Acabamos de ver que el Apóstol se hallaba en Efeso cuando escribió esta epístola [8]; lo cual lo dicen tambien comunmente los ejemplares latinos, y muchos de los buenos griegos. La inscripcion griega que asegura haber sido escrita en Filipos, no se lée ni en el manuscrito alejandrino, ni en el griego y latino de Clermont, ni en el griego de San German [aunque consta en el latino del mismo manuscrito], ni en otros muy considerables. Esta epístola es anterior á la que dirigió á los Romanos, y fué escrita el año 59 de la era cristiana vulgar. Segun consta de ella misma, la llevaron Estéfana, Fortunato y Acaico que habian ido á Efeso con el fin de visitar al Apóstol. Algunos ejemplares numeran entre ellos á Timoteo, y aun el mismo San Pablo dice en esta misma carta que le habia enviado á los Corintios: *Misi ad vos Timotheum* (9); pero esta expresion indica que ya habia marchado, pues le habia enviado desde Macedonia (10).

(1) ℣ 13 *et* 14. (2) ℣ 15. *et* 16. (3) ℣ 17. *et* 18. (4) ℣ 19. *et* 20. (5) ℣ 21. (6) ℣ 22. (7) ℣ 23. *ad finem.* (8) 1. *Cor.* XVI. 8. (9) 1. *Cor.* IV. 17. (10) *Act.* XIX. 21.